



## Capítulo 289

Birang miró fijamente al frente.

Lo que llenaba su visión era el fuego sangriento, que seguía extendiéndose incluso en ese mismo momento.

Thud...

Un sonido monótono resonaba repetidamente en sus oídos.

Algunos fuertes.

Otros suaves.

Pero, independientemente de ello, tanto monstruos como soldados caían mientras atraían el fuego sangriento a cambio de sus vidas.

Entre ellos, una mujer apareció ante su vista.

Su cabello blanco empapado en sangre brillaba bajo el sol poniente.

A continuación, sus ojos inexpresivos entraron en su campo de visión.

Y finalmente...

Las cinco cabezas cortadas que sostenía en su mano....



Ah.

Un leve suspiro escapó de los labios de Birang.

¿Era porque sentía crueldad en las cinco cabezas que sostenía en su mano, cuyos ojos ni siquiera se habían cerrado del todo?

No.

Eso no podía ser... Ya había sacrificado a demasiados para este plan.

La razón de su suspiro...

Era porque entre las cabezas que sostenía la Gran Raza había un rostro que él reconocía muy bien.

Entre ellas, la del centro era un rostro que nunca podría olvidar.

«¿Es realmente posible?».

«No se preocupe, Alteza. Aunque sea de la Gran Raza, no resistirá nuestro ataque conjunto».

«¿No la estás subestimando demasiado? Es de la Gran Raza. Ese monstruo puede partir una montaña de un solo golpe».





«Soy consciente de ello. Pero, por favor, no se preocupe. Si supiera todo lo que hemos preparado para enfrentarnos a ella, se sorprendería. Incluso hemos preparado el Gran Talismán del Sellado Verdadero».

«¿El Gran Talismán del Sellado Verdadero...? ¿Te refieres a ese objeto maldito que se dice que ha sellado incluso a las bestias espirituales del monte Tai?».

«Así es. Ni siquiera un miembro de la Gran Raza puede hacer nada una vez sellado por el Talismán del Sellado... Estoy seguro de que sabes lo que eso significa».

La mente de Birang volvió a la conversación que había tenido con Cheonga unos días antes.

Junto con ella, le vino un recuerdo de su infancia.

Lo primero que le vino a la mente...

Fue una enorme bestia espiritual con forma de serpiente, lo suficientemente grande como para enrollarse alrededor de toda una montaña.

Y lo siguiente...

Fue el Gran Talismán Sellador Verdadero que selló sin esfuerzo a una serpiente tan colosal.

Por eso Birang se había sentido tranquilo tras su conversación con Cheonga.



Por muy poderosa que fuera la Gran Raza, si estaba completamente sellada, nunca podría derrotar a Cheonga y a los demás generales.

Birang miró fijamente el rostro de Cheonga, o mejor dicho, la cabeza cortada.

La expresión aturdida congelada en su rostro sugería que ni siquiera se había dado cuenta de lo que le había sucedido.

¿Podría ser que el plan hubiera salido mal y que por eso las cosas hubieran terminado así?

Birang pronto se sacudió ese pensamiento.

La abrumadora ola de maná azul que fluía de la Gran Raza revelaba claramente lo que había sucedido.

Cheonga había logrado ejecutar el plan.

No, definitivamente lo había hecho.

Había utilizado el Gran Talismán Sellador, capaz de sellar incluso a una bestia espiritual del tamaño de una montaña, y las trampas que habían preparado también se habían activado correctamente.

Sin embargo, a pesar de eso, el Gran General había sido derrotado.

E incluso entonces, no se había dado cuenta de cómo ni por qué había perdido.

«Esto no tiene sentido...».





Birang soltó una carcajada llena de desesperación y comenzó a tambalearse hacia atrás, con el cuerpo temblando.

Poco a poco, el miedo comenzó a apoderarse de sus ojos.

Al ver esto, Historia levantó su espada sin dudarlo.

«¡Aaaaaagh!».

Y en ese momento...

«¡Espera! ¡Por favor, espera un momento!».

Urang, que hasta ahora había estado observando sin comprender nada, dio un paso adelante para detener a Historia.

La atención de todos se centró en él.

Aún atado por los soldados,

dijo...

—Lady Historia, se lo ruego. ¡Por favor, le suplico que perdone a mi insensato hijo...!

Se inclinó profundamente, desesperado.



Una súplica impensable viniendo de un rey que acababa de enfrentarse a una rebelión.

Alon y su grupo, que observaban la escena, mostraban expresiones de incredulidad.

Historia miró a Urang con el rostro inexpresivo.

Y entre ellos, el primero en hablar fue...

—¡He sido un necio! ¡Lo siento de verdad!

El propio Birang.

Hace solo unos instantes, consumido por la ambición, Birang ahora se postraba en el suelo, golpeándose la cabeza contra el suelo con desesperación.

Como si no hubiera otra oportunidad de vivir, golpeaba su frente una y otra vez contra el suelo.

El suelo comenzó a mancharse de sangre y se le formaron grotescas cicatrices en la frente, pero Birang no dejó de suplicar.

Porque sabía que...

Era la única forma de sobrevivir.

Por eso, mientras se inclinaba desesperadamente una y otra vez...





—Levanta la cabeza.

Ante la orden impasible de Historia, Birang esbozó una sonrisa involuntaria mientras miraba al suelo.

La alegría de haber sobrevivido le recorría el cuerpo.

Pero no podía dejar que se notara, así que, mientras intentaba contener las lágrimas y levantar la cabeza...

—¿Eh?

Birang intuyó que algo iba mal.

Estaba mirando claramente el rostro de la Gran Raza.

Y, sin embargo, por mucho que echara la cabeza hacia atrás, no podía ver su rostro.

De hecho, su mirada seguía bajando.

Por mucho que estirara el cuello.

Por mucho que intentara mirar hacia arriba...

No podía ver el rostro de la Gran Raza.



Y entonces...

«Si mantienes la cabeza agachada así, es difícil golpear».

Con esas últimas palabras, la conciencia de Birang fue engullida por el abismo.

Al día siguiente, después de que Historia matara sin dudarlo al príncipe heredero Birang

y, en menos de un día, eliminara a todas las figuras importantes detrás de la rebelión...

En medio de una atmósfera muy caótica, Alon comenzó a prepararse para abandonar el Reino Oriental.

En realidad, quería hablar con Urang antes de partir, pero, por desgracia, eso no fue posible.

Era natural.

Solo había pasado un día desde la rebelión.

El palacio era un caos total y Urang no había logrado contenerlo.

—Pero en serio, ¿por qué intentó perdonar a un tipo como ese? ¿Es por eso de que «un padre no puede abandonar a su hijo»?

—Eres tan emocionalmente puro.





—Eso fue aleatorio.

«No es aleatorio, es por lo que acabas de decir».

«¿No es cierto?».

«¿De verdad crees que el rey intentó detenerla porque estaba preocupado por su hijo?».

«¿No lo hizo?».

Mientras Alon hacía las maletas, oyó a Evan y Penia hablando cerca.

«Por supuesto que no. ¿No es obvio? Necesitaba un ejemplo público».

«¿Un ejemplo?».

«Sí. Si se produjera una rebelión y el rey no pudiera hacerle frente por sí mismo, sino que tuviera que recurrir a personas ajenas al reino, ¿qué tipo de rumores se desatarían?».

«Pero si no hubiera hecho eso, ¿no habría acabado siendo asesinado por su propio hijo?».

«Cuando apareció Historia, esa posibilidad ya había desaparecido».



Si hubiera perdonado temporalmente a Birang y luego lo hubiera ejecutado públicamente, al menos habría dado la impresión de que el rey aún tenía el poder.

Cuando Penia terminó de explicar y se encogió de hombros...

—Eres... bastante inteligente, ¿eh?

Evan murmuró con leve asombro.

—No «bastante». ¡Siempre soy inteligente, ¿vale?

Penia le espetó.

:

Su conversación resonaba como ruido de fondo mientras Alon se acercaba a las puertas del palacio.

—Señor.

—Historia.

Como si hubiera estado esperando, Alon se encontró con Historia de pie frente al palacio.

—¿Ha ido todo bien?





Justo después de detener la rebelión ayer, había desaparecido un rato diciendo que tenía algo que hacer.

A la pregunta de Alon, ella asintió con la cabeza.

—Sí, está hecho. Y aquí tienes.

Le entregó a Alon un pequeño joyero.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí.

Con expresión inexpresiva, volvió a asentir con la cabeza.

—¿Por qué me lo das?

—Porque lo compré para dárselo al Divino.

—¿Esto?

—Sí, no puedo presentarme ante el Divino con las manos vacías.



Ante esa respuesta, Alon finalmente comprendió por qué Historia había venido al Reino Oriental.

—¿Así que has venido hasta aquí solo para conseguir un regalo?

—De todos los tesoros que conozco, este es el máspreciado.

Las palabras de Historia eran tan puras como las de un niño.

A eso, Alon respondió:

—Gracias. De verdad.

Expresó su gratitud y agarró con fuerza el joyero azul.

La cola de Historia comenzó a moverse suavemente.

—¿No lo vas a abrir?

—El hecho de haber recibido un regalo es más importante que su contenido.

Ante las palabras de Alon, la cola de Historia se movió aún más rápido.

A diferencia de su rostro inexpresivo, las emociones que revelaba su cola hicieron sonreír a Alon por dentro.

Él le preguntó: «Historia, ¿planeas irte del Reino del Este ahora?».





«Sí».

«Entonces vayamos juntos».

«No».

«¿Queda algo por hacer?».

Historia asintió de inmediato.

—Ve tú primero. Yo terminaré lo que queda y te seguiré enseguida.

—Entonces te esperaré en el mismo lugar que antes.

—No hace falta que esperes. Seré rápido.

Con esa promesa, Alon se marchó primero del Reino del Este.

\*\*\*

Después de que Alon abandonara el palacio, Historia entró y se reunió con Urang.

—Ya has llegado.

Urang se inclinó cortésmente cuando Historia entró.



—¿Qué quieres decir?

Pero Historia, completamente desinteresada en su cortesía, no mostró ningún cambio en su expresión ni en su tono y preguntó con frialdad.

Solo había venido por petición de Urang.

Normalmente, lo habría ignorado por completo, pero como había recibido un tesoro real del Reino Oriental, aceptó la petición.

Mientras Historia permanecía inmóvil, Urang se inclinó de nuevo y fue al grano.

—Te he llamado para expresarte mi agradecimiento.

—¿Agradecimiento por qué?

—No había nadie más allá de Cheonga y los mártires incluidos en nuestro contrato.

Lo que decía era cierto.

Cuando Historia llegó, Urang solo le había pedido dos cosas.

Una era matar al general Cheonga.

La otra era matar a los mártires.





Cualquier cosa más allá de eso no era asunto de Historia.

Así que...

—Muchas gracias por pensar en el Reino Oriental.

Urang expresó su gratitud sinceramente.

Pero mientras Historia lo miraba fijamente...

—No es eso.

—¿Perdón?

Ella respondió sin rodeos.

El rostro de Urang se quedó en blanco, confundido.

Y entonces...

—No fue porque me importara el Reino del Este.

Sus palabras resonaron con claridad.

Antes de que Urang pudiera preguntar más, confundido, Historia volvió a hablar.



—Apuntó con una espada al Divino.

Esa era la única razón, murmuró en voz baja.

Luego le preguntó a Urang: —¿Es eso todo lo que querías decir?

—¿Ah? S-Sí, eso es.

Volviendo en sí, Urang respondió rápidamente.

—De acuerdo.

En cuanto lo hizo, Historia se dio la vuelta y se marchó.

Urang se quedó mirando la puerta durante un rato, luego se desplomó en su asiento y recordó lo que había sucedido el día anterior.

El momento en el que había suplicado que se perdonara la vida de Birang, con la esperanza de que las consecuencias fueran un poco más llevaderas.

Y Historia lo había mirado con desprecio.

Claro...

Según recordaba Urang, no había emoción alguna en aquellos ojos.





Solo la sensación de que ella estaba juzgando algo.

Urang había pensado que se trataba del futuro del Reino Oriental.

Si sería mejor para ella matar a Birang ahora o dejarlo vivir y ocuparse de él más tarde.

Pero se había equivocado.

Ahora lo entendía.

A ella no le importaba eso.

Ni el Reino Oriental.

Ni Birang.

En ese momento, esos ojos estaban juzgando al propio Urang.

Juzgando si Urang estaba involucrado con Birang en el ataque al marqués Palatio.

Y por lo tanto...

Si mataría a Urang junto con Birang.

«Uf».



Urang sintió un escalofrío que le recorrió desde la cabeza hasta los pies.

Darse cuenta de que la muerte había pasado rozándole sin que él lo supiera le llenó de un temor inconmensurable.

Urang se recompuso una vez más.

Para él, el marqués Palatio había sido en su día un benefactor del antiguo Reino Oriental.

Pero, dicho de otro modo, no era más que alguien del pasado.

Urang lo trataría con respeto, pero sin involucrar sentimientos más profundos.

Sin embargo, en ese momento, Urang estaba seguro.

Nunca debía enemistarse con su antiguo benefactor.

Porque ahora lo sabía.

Que el marqués tenía a alguien a su lado que, sin dudarlo, podía convertir a todo un reino en enemigo solo porque alguien se atreviera a oponerse a él.

Urang soltó un largo suspiro....

Le dolía la cabeza.